

# La formación del analista

Maria Cortell

Psicoanalista, Asociación de Estudios Psicoanalíticos O. Masotta, Valencia

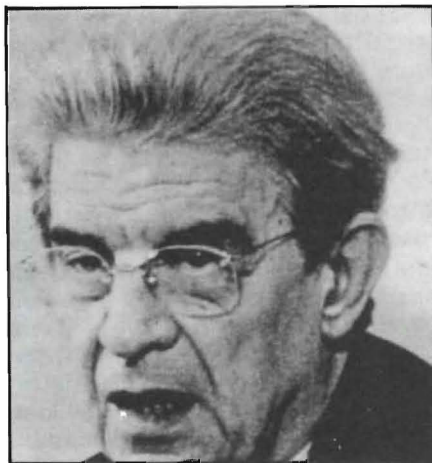
La historia del Psicoanálisis es breve, arranca de finales del pasado siglo, un siglo eminentemente empirista en el que las ciencias positivas empezaron a alcanzar objetivos importantes. El empirismo y el experimentalismo toman su fuerza en esa época. La medicina despegaba y la epistemología de la clínica va echando raíces en la anatomía patológica. Freud, siendo médico y neurólogo, se va a interesar por procesos bien distintos y más recónditos; menos contrastables con la experiencia. Aunque la estadística en este momento de la ciencia todavía no tiene el papel que tendrá después, es la demostrabilidad de los fenómenos lo que predomina en la época y a Freud se le empieza a acusar desde los conciliábulos médicos de Viena de visionario y de mezclar el arte con la medicina.

El Psicoanálisis arranca de la experiencia clínica de Freud y, como señala Lacan en los *Escritos*, «el Psicoanálisis es la teoría de una práctica», es decir, que no parte de una teoría o de un paradigma en el sentido que les otorga Khun, sino que parte de lo que Freud escucha de sus pacientes. Freud reflexiona sobre los presupuestos de una nueva disciplina mientras la está desarrollando. Como señala Habermas, «con el nacimiento del Psicoanálisis se abre la posibilidad de un acceso metodológico, a partir de la lógica de la investigación misma, a esa dimensión ocultada por el positivismo». Sin embargo, de la ciencia representada en la Universidad, queda desde un principio excluida la disciplina psicoanalítica.

Así, en 1918 —el Psicoanálisis tenía una brevísima historia—, Freud, en el texto *Sobre la enseñanza del Psicoanálisis en la Universidad*, ya apunta que, ante la exclusión del Psicoanálisis por la Universidad, se hace necesaria la creación de asociaciones psicoanalíticas, en donde se discuta y desarrolle la teoría psi-

coanalítica. Además, añade que el Psicoanálisis puede prescindir de la Universidad para la formación de los analistas sin que ello suponga menoscabo alguno en dicha formación.

En 1918 se había fundado la API, dice Freud en *Psicoanálisis silvestre*, «...que hace publicar los nombres de sus miembros con objeto de poder rechazar toda responsabilidad derivada de la actuación de aquellos que no pertenecen a nuestro grupo y dan a sus procedimientos el nombre del Psicoanálisis». Había que sal-



Le professeur Lacan.

vaguardarse de los profanos, pero lo que se hizo fue tendente a integrar el Psicoanálisis en el orden médico, de ese modo se reforzaba un vínculo social que era tenue. Los analistas tenían que ser médicos y el análisis didáctico se fue haciendo tan rígido que más que un análisis corría el peligro de convertirse en un trámite dentro de una institución jerarquizada en la que el didacta tenía mucho poder.

Más adelante, en 1926 y ante la apropiación del Psicoanálisis por parte de los médicos, Freud escribe en *Psicoanálisis y Medicina*, que la formación del analista no será en modo alguno la del médico, pues la

formación de los analistas debería incluir, desde nociones de anatomía a historia de las religiones, pasando por la literatura, el arte, la mitología, etc. También se muestra contrario Freud en este texto a que el Psicoanálisis se incluya en la Medicina, ya que no podría ser una parte de ésta. El texto lo escribe Freud después de que en 1924 la Sociedad Psicoanalítica Berlinesa hubiera reglamentado sus actividades, entre ellas, claro está, la de la formación de los analistas. Ello ocurre ante el desconcierto que para algunos analistas supuso la enfermedad que en 1923 se le diagnosticó a Freud y que hizo temer por su vida.

Con la regulación de los psicoanalistas de Berlín comienza una historia en las instituciones psicoanalíticas que va a estar marcada por la doble vertiente que la formación del analista tiene: la formación del analista tiene: la formación teórica de los analistas y la experiencia analítica de los mismos, es decir, su propio análisis, el análisis didáctico.

Safouan en el texto *Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*, dice que los analistas admitirían sin dificultad tres puntos: Que la formación del analista no tiene nada que ver con la reproducción de un modelo; no hay familias de analistas, no se accede al análisis de padre a hijo. Que tampoco tiene que ver con la transmisión de un saber, pues es el deseo lo que se halla en el corazón de todo análisis. Y en tercer lugar, que nadie podría ejercer el análisis sin antes haberse analizado. Precisamente es esta cuestión del didáctico una de las más importantes en el desarrollo de las instituciones psicoanalíticas.

El primer punto queda claro, dado que el Psicoanálisis es una praxis, pero no se puede decir que sea una técnica, un corpus pragmático que se puede trasvasar de un caso a otro. Ya que la transferencia sucede de modo distinto de uno a otro ana-

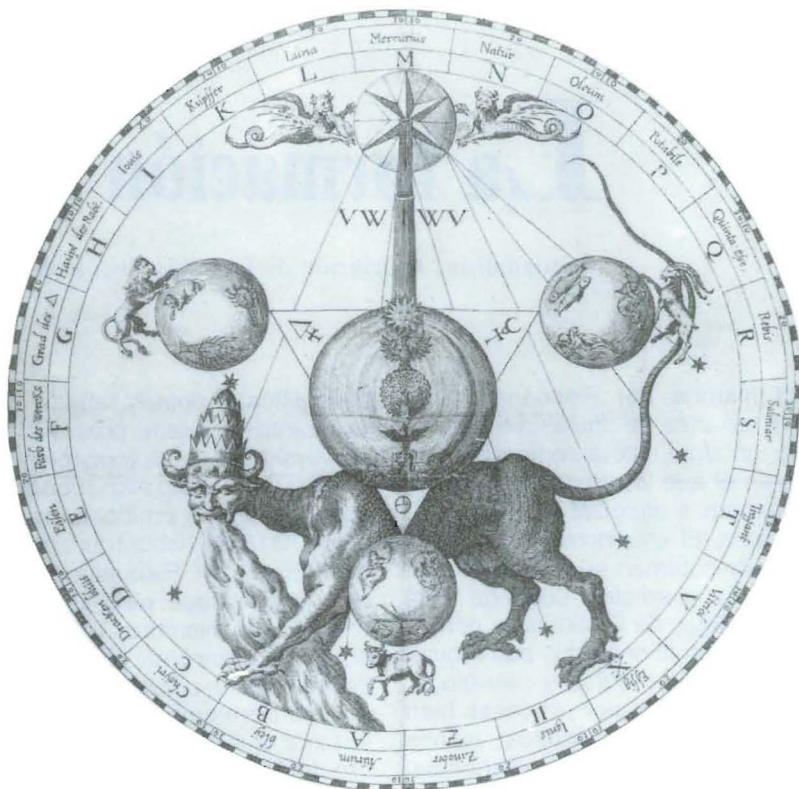


lizante, no podríamos hablar, por tanto, de modelos transferenciales.

Con respecto al segundo punto, que el Psicoanálisis no concierne a la transmisión de un saber, hay que tener en cuenta *Los cuatro discursos de Lacan*, para señalar cómo en el discurso universitario el agente es el saber, es decir, en la Universidad se transmite un saber entendido como información organizada y acumulativa. Hay una serie de significantes que se encierran en ese saber, pero, éste se constituye en tanto que saber, como una totalidad y no en tanto los significantes que lo componen. En el discurso psicoanalítico el saber va a ocupar el lugar de la verdad, pero se trata de un saber inconsciente y el saber sobre la verdad del sujeto sería el producto del análisis. El analista no está en posición de amo de ese saber, luego la transmisión no será como un todo, no será como la lección transmitida por un maestro a sus alumnos.

Si a diferencia del discurso universitario, en el discurso psicoanalítico no se da ese pasaje de saber todo a todo saber, es porque estamos tratando con un saber que será producto de un análisis; el saber que el analista escucha surge de la articulación de lo que el analizante dice. Es del saber inconsciente de lo que se trata y éste no se puede encerrar en un corpus teórico. Entonces, respecto al tercer punto que señalábamos más arriba, tenemos que la cuestión del didáctico no es algo normativo sino una cuestión intrínseca al Psicoanálisis mismo. Otra cosa diferente será qué es lo que entendemos por análisis didáctico, pues sobre ese punto, y sólo sobre ése, hay diferencias entre la IPA y Lacan.

La cuestión del didáctico había sido desde hacía tiempo fuente de divergencias en las instituciones psicoanalíticas, pero el trabajo de Lacan no será partir de ese punto para llegar a una ruptura, sino que su *retorno a Freud* se constituirá sobre el eje de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, pasando por una detenida lectura de los textos de Freud sin ahorrar esfuerzos epistemológicos y sin negar la consecuencia fundamental de la ética —que no la moral de los analistas—. El analista es un producto del análisis, no es una condición previa. Respecto del didáctico Lacan dirá que todos los análisis lo son o ninguno lo es.



Si para algunos autores de la IPA el didáctico es una especie de armadura que proteje el analista de «ser perturbado por los fantasmas neuróticos agudos de sus pacientes» (Grete L. Bibring), y esto se consigue reforzando el Yo del futuro analista, siendo el analista del *ideal del Yo* del paciente. Para Lacan el analista no es el ideal, sino el sujeto supuesto al saber inconsciente que se articula en la transferencia. No es el analista quien autoriza el analizante sino quien propicia ese encuentro del sujeto con su verdad, verdad que lo es como lugar, aunque sea siempre engañosa.

Si ante el esclerosamiento de la literatura analítica en el seno de la IPA, Lacan dice que el remedio está en que no se enseñe en los institu-

tos psicoanalíticos un saber predigerido, ante la jerarquización que conlleva el didáctico va a proponer la institución del pase. En *La proposición del nueve de Octubre*, Lacan habla del pase como mecanismo dentro de la institución psicoanalítica en la que el sujeto dará cuenta de ese pasaje de analizante a analista en su propio análisis; es el analizante el que se convierte en garante de su propio análisis.

Hay, pues, una doble vertiente en lo que se refiere a la formación del analista, pero el esfuerzo de Lacan está en la línea de que el analista no sea un *chamán* y el psicoanálisis se pueda transmitir en lo que concierne a la teoría respecto de una lógica y en lo que concierne al didáctico, respecto de una ética.

